

Jeromin

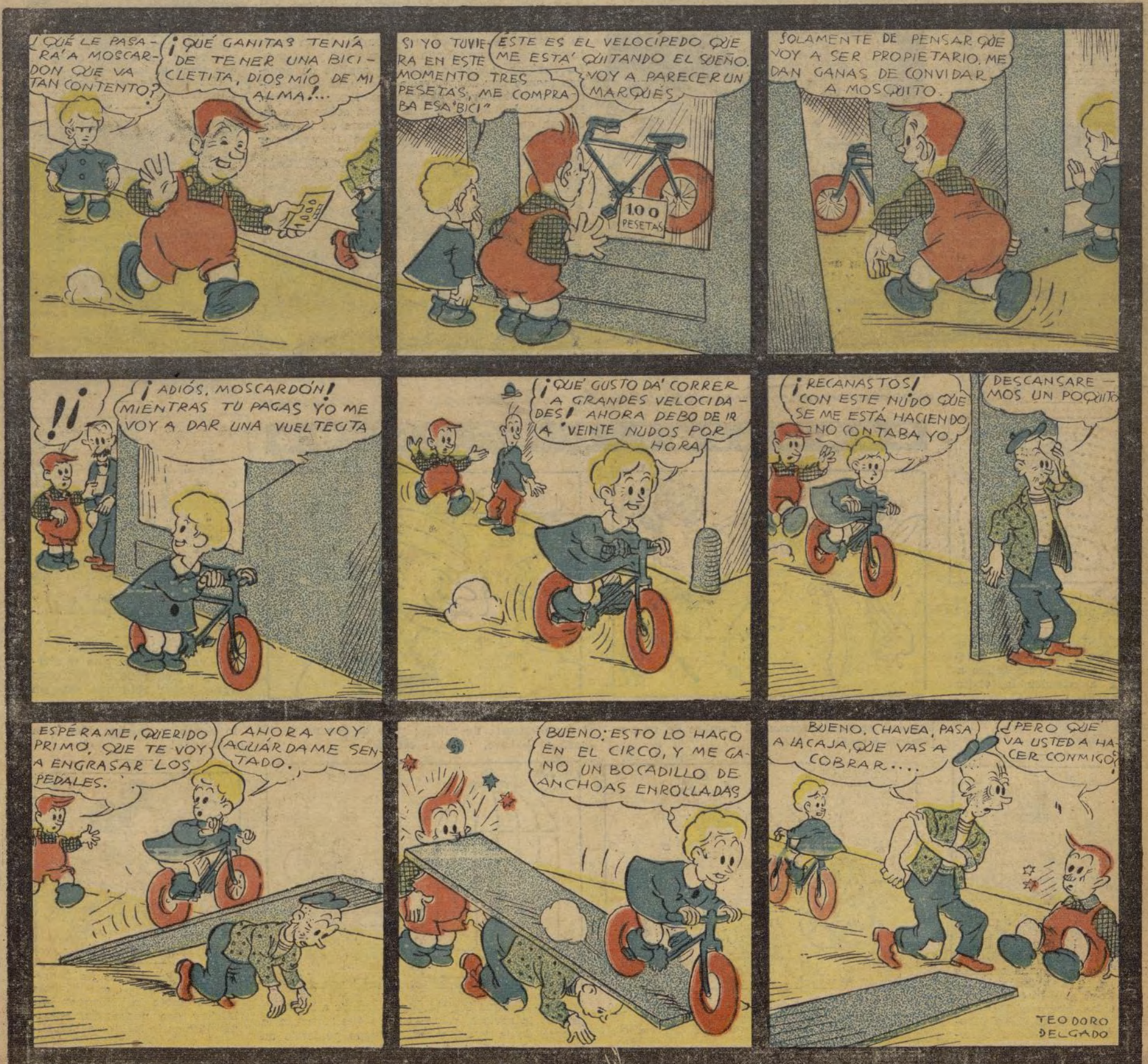
10 CTS

AÑO VI.—NUM. 265

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid, 7 de junio de 1934

GRACIASÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN

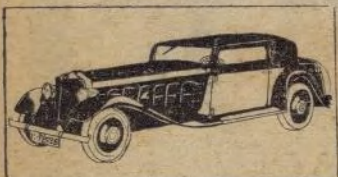


AMENIDADES

En 1908 una vaca hambrienta de Ashokan (Nueva York) se comió varios cartuchos de dinamita. El vaquero se enfadó



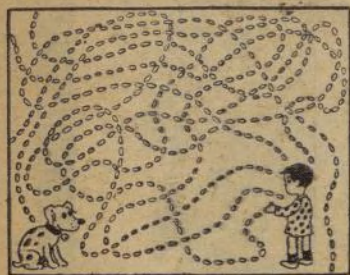
con el mozo porque no se atrevía a llevar al animal a un sitio donde pudiera explotar sin hacer daño a nadie. Al fin la vaca murió, pero no pulverizada por una explosión, sino por los prosaicos efectos del envenenamiento.



Líneas aerodinámicas, cristales inastillables, etc., etc. He aquí el magnífico automóvil que el niño Vicente Martínez regala a JEROMIN. ¡Gracias, Vicente, muchas gracias!



La benjamina del "Cuadro artístico radiofónico de JEROMIN", saluda desde estas páginas a sus amiguitos.



¿De cuál de esas seis cadenas tiene ese niño sujeto al perro?

—¿Usted se puede quitar los dientes por la noche?—pregunta la niña que ha salido a la sala a atender la visita mientras llega mamá.

—No, hijita—dice la visitante.
—Mamá, sí.



La escena no puede ser más veraniega. Con procedimientos como el que emplea esa señora, huelgan las piscinas. Manolito Gil, además de un gran dibujante es un formidable observador.

LOS NAUFRAGOS DEL "AIRÓN"

CAPITULO LVII

El barco misterioso

Pasados los primeros transportes de alegría, Albani presentó a Pícolo al maltés. Este se arrojó en los brazos del muchacho suplicándole que le perdonara, y el grumete le abrazó sin demostrar



el menor rencor. El jefe dió la orden de embarcar, pues el retrasarse podía serles fatal, porque las olas crecían y continuaban levantándose; el viento arreciaba, y grandes goterones comenzaban a crepitar sobre la superficie del mar. Abandonaron el volcán, donde habían corrido el peligro de morir, y se embarcaron en la canoa poniendo la proa hacia la isla.

La obscuridad crecía por momentos. El sol había desaparecido detrás de densos nubarrones, y aunque no eran más que las diez de la mañana,



parecía que comenzaba a anochecer. Afortunadamente el viento les era favorable, y la chalupa, recibiendo las olas por la popa, no corría peligro alguno, al menos por el momento. Corría como una gaviota, dejándose llevar por aquella masa espumante y líquida, sosteniéndose siempre a doscientos o trescientos pasos de la línea de las rompientes. ¡Pronto! ¡Pronto!—decía el señor Albani, que veía acercarse el huracán a toda velocidad, y que de vez en cuando se sentía inundado por las olas—. ¡Largad todas las velas!

Ya se distinguían perfectamente las costas de la isla, cuando el marinero, volviéndose hacia el

Este para medir la distancia recorrida, vió destacarse en el horizonte dos puntas blancuecinas que parecían correr hacia el Sur. ¿Eran dos pájaros grandes o dos velas? Pero no hubo lugar a discutirlo, porque el maltés, que tenía una vista de lince, exclamó visiblemente emocionado: "¡Jefe! ¡Dos velas hacia el Este!" Una nube ensombreció las facciones de Albani; el valiente marino había pensado que aquel barco pudiera ser otro "junco" de piratas, como el que devastó sus posesiones. "¡Mira bien hacia dónde van!", le dijo al maltés. Este esforzó la mirada y exclamó al cabo de unos segundos: "Parece que buscan refugio en la isla". Las facciones del jefe se dilataron: "¿Nos enviará el huracán otros compañeros?"—exclamó—



En aquel momento no distaban más que dos millas de la isla, pero las olas, encontrándose estrechadas por la costa, llena de rocas y de líneas de rompientes, volvían mar adentro de un modo tumultuoso, provocando contraolas peligrosas. La chalupa, ahogada bajo los asaltos de aquellas masas líquidas, parecía que iba a desaparecer a cada instante; pero se enderezaba siempre. Hacia el mediodía d'ó una virada sobre una escollera que se extendía por delante de la costa, y penetró en una especie de canal formado por

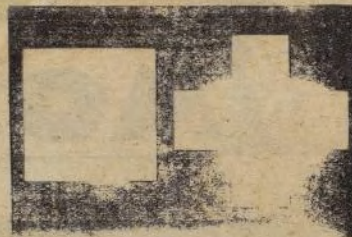


rocas cortadas a pico, y una especie de estanque profundo, que estaba a cubierto de las olas y el viento "¡Por fin!"—exclamó Albani. Gracias a Dios habían vencido a la espantosa tempestad.

PASATIEMPOS



"Palopio", dice la niña de diez años, Victoria P. Muñoz, que se llama este perrito. Y como a nosotros no nos consta nada en contrario, nos ponemos de acuerdo con Victoria. ¡"Toma, Palopio!"



A ver si sois capaces de dividir esa cruz en cuatro partes y formar un cuadro como el que tiene al lado.

(La solución en el próximo número.)



Y no podía faltar en esta galería de pequeños artistas de JEROMIN Marujita Ortega, que ha interpretado maravillosamente, los papeles de ¡característica!

PASATIEMPOS



Combinando las letras iniciales de las cosas dibujadas, se puede formar el nombre de una capital de España.



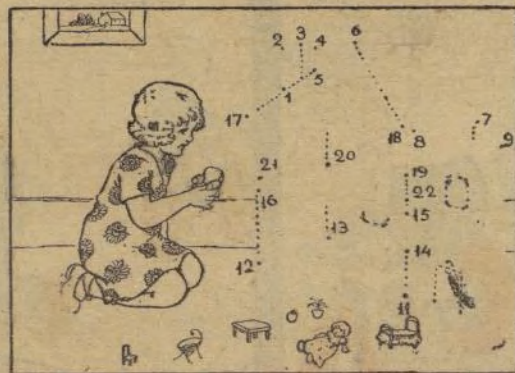
En esta playa veréis a un bañista fumándose tranquilamente un pitillo; pero al que no veréis será al bañero. ¿Dónde estará?



Unid los puntos del 1 al 28 y completaráis este precioso dibujo.

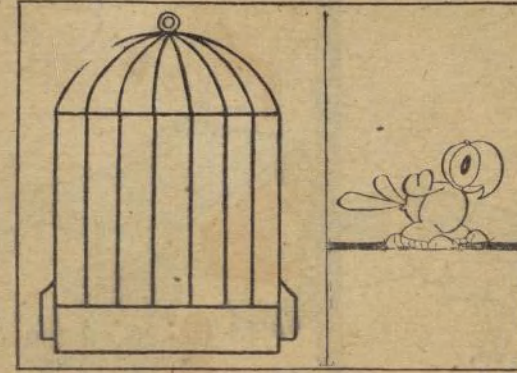
El juez a la procesada:—Vamos a ver: ¿no es cierto que siente usted de todas veras haber roto una silla en la cabeza de su marido?

—Ah, señor juez! Claro que lo siento, y mucho. ¡Una silla nuevecita!

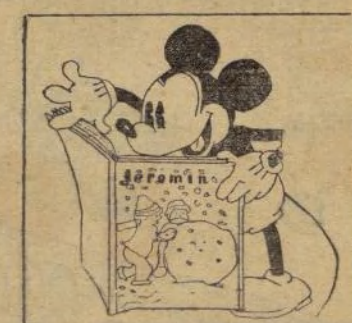


Unid los puntos del 1 al 22, y veréis lo que está contemplando Mariquita.

Si queréis ver cómo la cotorra se mete en la



jaula, poned una tarjeta perpendicular a la página de la revista, sobre la línea que separa a la cotorra de la jaula, y mirad luego poniendo un ojo a cada lado de la tarjeta.



Miguel Barrios es un donostiarra de diez años, que promete ser un émulo de Velázquez. Ese Mickey que nos envía, empañándose en la lectura de JEROMIN, es la demostración de lo que afirmamos.

VENGANZA



Felipe pasaba tranquilamente por una calle, y el perro de doña Tecla le hizo tiras un pantalón que le había costado cinco



duros. Felipe fué a reclamar a doña Tecla, y ésta le despidió con cajas destempladas, y como Felipe no podía demostrar la



agresión, se quedó sin pantalón y sin cinco duros. Días después marchaba Felipe en el tranvía y vió a doña Tecla que llevaba



oculto al perrito en una cesta y comenzó a ladrar, ¡guau! ¡guau! y temerosa doña Tecla no tuvo más remedio que soltar los 10 duros que debía a Felipe.

VERDADES Y MENTIRAS

¡Sin saber lo que decía!

Se suele poner a los papagayos como prototipos de la charla insustancial; sin embargo, con ella han logrado a veces transcendentales efectos. Vamos a referir la historia del hijo de un emperador que salvó su vida y su porvenir por las palabras de un papagayo.



Se llamaba León y era hijo de Basilio, emperador de Constantinopla. Un tal Sannavarin le había acusado falsamente de conspirar contra la vida de su padre, y éste, indignado, lo había mandado encerrar en una fortaleza, prohibiendo, bajo severas penas, que nadie se atreviese a pronunciar en su presencia el nombre del hijo aborrecido.

Los amigos del joven príncipe, no atreviéndose a interceder por él, temiendo la cólera de Basilio y la venganza de Sannavarin, recurrieron a la sutil astucia de enseñar a un papagayo, muy apreciado por el emperador, estas palabras: "¡Pobre León!"

Cuando las hubo aprendido bien, pusieron al animalito en el comedor de gala, cierto día

en que el emperador tenía muchos convidados. Cuando Basilio entró en la estancia y vió al papagayo, se acercó a él y comenzó a acariciarlo. Cuál no sería su sorpresa, cuando oyó, que con el tono más lastimero, pronunciaba el pajarraco aquellas palabras que le habían enseñado: "¡Pobre León!"

Sacudido por aquel golpe inesperado, conmovido por el cruel recuerdo, se despertó su afecto paternal, nunca muerto del todo; mandó que viniese su hijo, lo abrazó enternecido, y cuando se persuadió de que había sido víctima de una calumnia, lo mandó reponer en todos sus honores, derechos y preeminencias, mientras condenaba a muerte al vil calumniador. ¡El papagayo había salvado al príncipe, sin saber lo que decía!

Nada de medias tintas

Preguntáronle a Diógenes en cierta ocasión cuál era el



medio más seguro para llegar a ser perfecto; y respondió el filósofo:

—Tened buenos amigos o encarnizados enemigos. Porque so-

lamente los amigos con sus consejos leales y los enemigos con sus críticas despiadadas, nos hacen conocer nuestros defectos.

Más fuerte que el emperador

El emperador Caracalla, que había dado muerte a su propio hermano, encargó al célebre ju-



risconsulto Papiniano que pronunciase en el Senado un discurso, defendiéndole y justificando su horrible crimen.

Papiniano se negó a ello rotundamente. "Es más fácil—le dijo al emperador—cometer un delito que justificarlo". Caracalla insistió, y, para convencer a Papiniano, quiso hacerle creer que el muerto había sido quien primeramente había agredido al emperador.

"Ahora—le dijo incrédulo y desdenoso el jurisconsulto—, estás cometiendo otra infamia, porque calumnias a un inocente después de haberle quitado la vida."

Caracalla no pudo sufrir aquella audaz libertad, y condenó al jurisconsulto a la pena de muerte, que Papiniano supo afrontar con altivo valor.

EL EXAMEN



Perico tenía que examinarse, y Perico estaba hecho un verdadero "pez". "Si me examinan—pensaba—me arrean un "cate"



y mi padre me monda". Descansando eludir el examen, Perico se untó la rodilla con mermelada y comenzó a dar voces, diciendo



que le había salido un tumor. Sus padres, alarmados, le dijeron que se acostase. Ya se retiraba Perico tranquilo, cuando



"Cuqui" vió la mermelada y comenzó a dar chupetones hasta que se tragó el "tumor". El tumor fué el que le salió luego a Perico en la cabeza de la paliza.

EL "GOAL" DE LA VICTORIA



Siempre que Robustianito estaba jugando al fútbol, había de llegar el golfo Piernas Largas a interrumpir su juego y quitarle el balón. Robustianito pensó escarmentar al golfo y con



ayuda de su hermano Colás, sacaron de la tierra una gran bola de piedra y la pintaron igual que un balón de reglamento. Como habían previsto, no tardó en llegar Piernas Largas, y al



ver el "balón" allí abandonado, tomó carrerilla, y ¡zas!, largó un chutazo formidable. Tan formidable que no le quedaron ganas de volver a tirar a "gol" en todos los días de su vida.



LOS MARAVILLOSOS VIAJES DE GULLIVER

CAPITULO PRIMERO

(Continuación)

Esta determinación parecerá acaso valiente y arriesgada, y yo aseguro que en iguales circunstancias no lo hubiera hecho ningún Soberano de Europa; sin embargo, a mi modo de entender, también era un pensamiento prudente; porque si aquellos pueblos hubiesen intentado matarme dormido con sus lanzas



y flechas, precisamente hubiera despertado al primer sentimiento de dolor, me hubiera encolerizado, rompiendo los cordeles que restaban, y como ellos no eran capaces de resistirme, los hubiera destruido, y acabado con todos.

Dispusieron, pues, un carro de tres pulgadas de alto, siete pies de largo y cuatro de ancho, con veintidós ruedas, de cuya construcción se encargaron cinco mi ingenieros y carpinteros que trabajaron con suma ligereza. Cuando estuvo acabado, lo llevaron al sitio donde yo estaba; pero faltaba que vencer la principal dificultad, que era el levantarme y colocarme en él. Para esta empresa fijaron en tierra ochenta pértigas de dos pies de altura cada una, y pusieron a sus extremos una multitud de garruchas bien firmes, por las cuales pasaron unas fuertes maromas como del grueso de un bramante, asegurando en ellas muchos ganchos. Con éstos me prendieron con unas ligaduras o vendaje con que me habían fajado desde el cuello hasta las piernas; y habiendo destinado 900 hombres de los más robustos a tirar de las maromas, en menos de tres horas consiguieron levantarme y

colocarme en el carro a su satisfacción. Habiendo sabido todo esto por la relación que después me hicieron, pues mi sueño duró más que toda la maniobra. Últimamente, con mil quinientos caballos de los mayores de las caballerizas del Emperador, que tenía cada uno casi cuapulgadas y media de alto, me arrastraron a la capital, que distaba un cuarto de legua.

Ya llevábamos cuatro horas de camino cuando repentinamente desperté por un accidente bastante ridículo. Habían parado un pequeño rato los conductores para componer no sé qué cosa, y aprovechando la ocasión, dos o tres curiosos, que deseaban examinar mi fisonomía, se acercaron con mucha cautela a mi rostro; el uno, que era Capitán de Guardias, me te-



nía puesta la sutil punta de su lanza tan inmediata a la ventana de mi nariz izquierda, que al menor descuido hizo cosquillas, y desperté

dando estornudos. Anduvimos bien el resto del día, y entrada la noche acampamos, dejando quinientos centinelas, la mitad con hachas encendidas, y la otra mitad armados de arcos y flechas. El día siguiente, al salir el sol, continuamos la marcha, y al mediodía estábamos ya a doscientos metros de las puertas de la ciudad. Salí el Emperador a verme con toda su Corte; pero sus Generales nunca consintieron que arriesgase su Imperial Persona subiéndome encima de mi cuerpo, como algunos de ellos habían tenido el atrevimiento de hacer. En el sitio donde paramos había un templo antiguo que estimaban por el mayor de todo el Reino, el cual había sido violado algunos años antes por un homicidio, y le miraban ya como profano, según las leyes de aquellos pueblos, por cuya razón le destinaban a diferentes usos. Resolvieron alojarme en aquel vasto edificio. Su puerta principal, que miraba al norte, tenía cerca de cuatro pies de altura y casi dos de ancho. A cada lado había una ventanita distante del suelo seis pulgadas. Por la de la izquierda pasaron los cerrajeros del Emperador noventa y una cadenas semejantes a las que llevaban las damas de Europa en sus relojes, poco menos gruesas, y con ellas me amarraron la pierna izquierda, cerrándolas con treinta y seis candados. (Continuará)

CASCARILLA ES UNA ARDILLA



Como de costumbre, Cascarilla estaba sin trabajo, y pensando que llegaba la época de las verbenas, cogió a su perrito Mantecado, y le fabricó en el rabo una cabeza conmovedora. Cascarilla comenzó el reclamo de su "fenómeno".



—Pasen, señores, pasen a ver al monstruo de las dos cabezas. Pasen, señores; no dejen de ver el fenómeno... —Y como podéis ver, al fin encontró Cascarilla un medio por el que llenar la andorga.

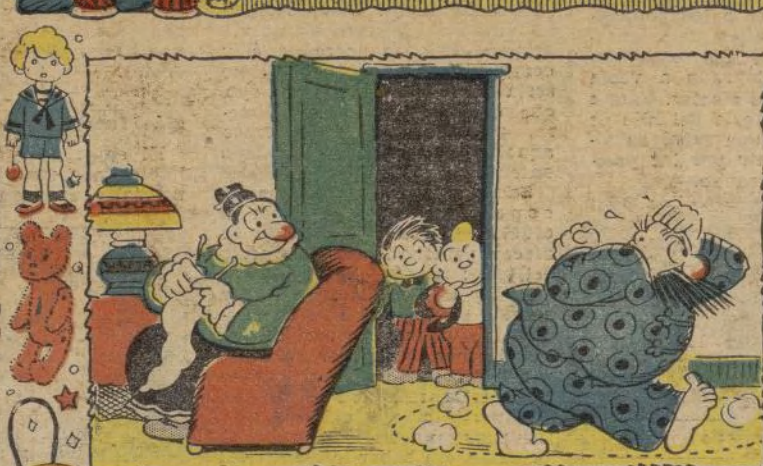


—Pasen, señores, pasen a ver al monstruo de las dos cabezas. Pasen, señores; no dejen de ver el fenómeno... —Y como podéis ver, al fin encontró Cascarilla un medio por el que llenar la andorga.



—Pasen, señores, pasen a ver al monstruo de las dos cabezas. Pasen, señores; no dejen de ver el fenómeno... —Y como podéis ver, al fin encontró Cascarilla un medio por el que llenar la andorga.

HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



Terre-Moto no podía dormir; los disgustos que le daban los pilluelos le quitaban el sueño, robándole la tranquilidad, como si ésta fuera una pitillera. El pobre capitán estaba desesperado, mosqueado y congestionado.



Con la idea de jugar una trastada al capitán, se dirigieron a ver al buenazo del pastor Micaelo, y le pidieron permiso para ver sus ovejitas. —Id—les dijo Micaelo—, pero tened cuidado no se escapen, pues donde va una la siguen todas.



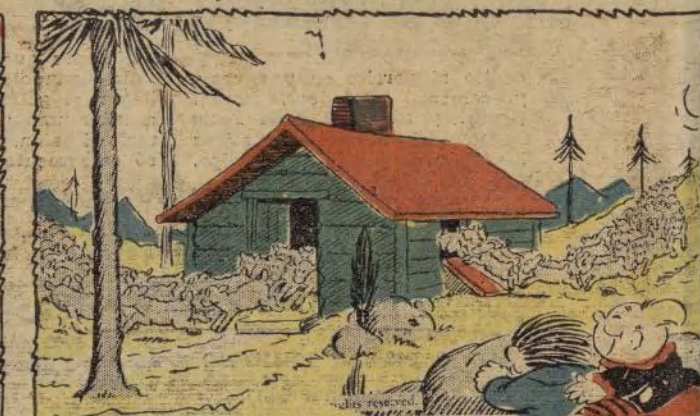
Aquello fué peor que la irrupción de los bárbaros. El tranquilo roncadur fue despertado violentamente por aquella avalancha corderil, que le pisoteaba el estómago, la cabeza, y había de dejarle los riñones saltados al "sommier".



Mamá Tecla le recomendó que se acostara y contase de esta forma: "Una oveja, dos ovejas, tres ovejas..." etc. Si al llegar a las quince mil ovejas no se había dormido, podía estar seguro que no le dormía ni la lectura de un drama vanguardista.



Llegados al redil, cogieron a la oveja-guía, y en ganándola con una apetitosa zanahoria, la sacaron del recinto. Al ver el tubérculo—con acento en la "e"—, la oveja-guía se lanzó hacia él, y le siguieron todas las ovejitas.



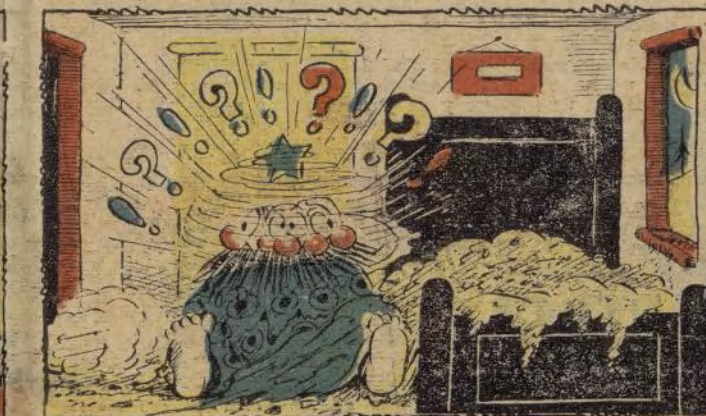
Los pilluelos, estratégicamente escondidos, presenciaban el triunfal desfile de los lanudos y pateadores animalitos, escuchando con fruición los gritos de socorro del capitán, a quien la horda de Micaelo estaba dejando para el arrastre.



Pacientemente comenzó Terre-Moto su cuenta, sin lograr dormirse ni con polvorones. El pobre capitán contaba y contaba sin descanso, pero Morfeo, por lo visto, no acudía ni contándole un cuento de los de la "radio".



Hábilmente dirigidas por Tarugo y Perdigon, las dos mil ovejas de Micaelo comenzaron a colarse en la habitación de Terre-Moto, con la misma ligereza con que os coláis vosotros en el "cine" sin que os vea el portero.



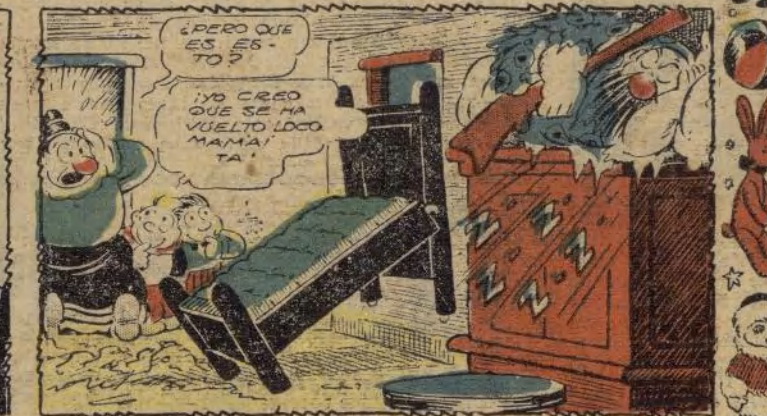
Media hora después, Terre-Moto no era más que dos reales de cordilla con pijama, y la habitación era el retrato de una trinchera después de un bombardeo aéreo. La cabeza del capitán semejaba también un tiiovivo de la verbera.



Al llegar a las nueve mil ochocientas ovejas y un cordero, Terre-Moto se quedó al fin dormido como un leño. Tarugo y Perdigon espiaban al bello durmiente, que roncaba como el bombardino desafinado de un músico tartamudo.



Y cuando el capitán soñaba con verdes praderas, en las que pastaban mariposas y volaban corderillos, irrumpieron por la ventana las dos mil ovejas de Micaelo, con sus siete mil novecientos noventa y nueve pezuñas, pues había una coja.



Y cuando mamá Tecla llegó a la estancia lanzó un grito de horror, mientras Tarugo decía con sonrisa angelical y chupándose el dedo gordo: —¿Qué habrá pasado, mamáita? Sin duda el capitán se ha vuelto loco.— ¡Qué canallas!

REPOLLO CARA DE BOLLO



Seguro que están jugando la final de la copa de JEROMIN. Me asombraré un ratito, porque es que a mí me gustan estos partidos infantiles me entusiasman. Ajaja, ya estoy arriba; no lo dije, son los equipos infantiles de la copa de JEROMIN. Anda ahí, cabezota, pásale al medio centro. "¡Penalty!" "¡Penalty!" Ese árbitro pita menos que una máquina del tren. ¡Gooo! ¡Gol en mis narices! ¡Criminal!



Seguro que están jugando la final de la copa de JEROMIN. Me asombraré un ratito, porque es que a mí me gustan estos partidos infantiles me entusiasman. Ajaja, ya estoy arriba; no lo dije, son los equipos infantiles de la copa de JEROMIN. Anda ahí, cabezota, pásale al medio centro. "¡Penalty!" "¡Penalty!" Ese árbitro pita menos que una máquina del tren. ¡Gooo! ¡Gol en mis narices! ¡Criminal!



Seguro que están jugando la final de la copa de JEROMIN. Me asombraré un ratito, porque es que a mí me gustan estos partidos infantiles me entusiasman. Ajaja, ya estoy arriba; no lo dije, son los equipos infantiles de la copa de JEROMIN. Anda ahí, cabezota, pásale al medio centro. "¡Penalty!" "¡Penalty!" Ese árbitro pita menos que una máquina del tren. ¡Gooo! ¡Gol en mis narices! ¡Criminal!

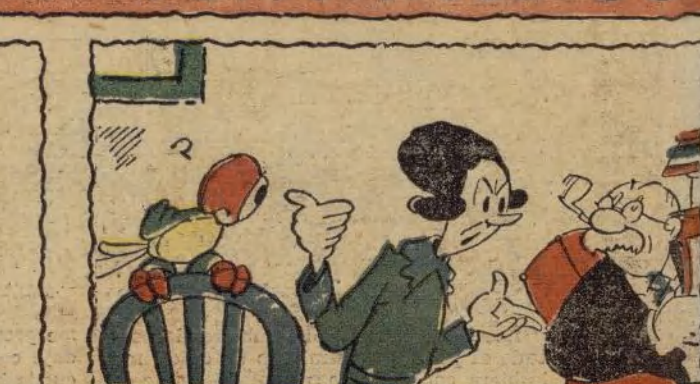
Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Don Fielato y su señora se iban a pasar el domingo a la sierra, y dejaron a la señora de don Homobono el encargo de que cuidase a Laura.



A la señora de don Homobono le sentó aquello peor que si le arrancasen una patilla; pero, sorprendida, se hizo cargo de la cotorra.



Como la cosa ya no tenía remedio, fué a contárselo a su marido, maldiciendo de los vecinos, que le largaban aquel paquete.



Don Homobono, muy indignado, comenzó a proferir denuos: —¡Ese bestia de don Fielato me tiene ya hasta los pelos! ¡Sinvergüenza!



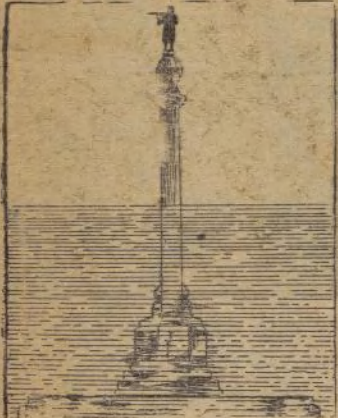
Y ante el asombro de don Homobono, la cotorra comenzó a repetir todas las frases dichas por él. —Si lo oye don Fielato, me monda.



Y cuando regresó don Fielato, la señora salió muy compungida: —Déjenos un mesecito a Laura, no podemos vivir sin ella.

EN SERIO Y EN BROMA

Se calcula que un tres y medio por ciento del agua del mar es cloruro de sodio o sal común. De donde resulta que la cantidad de sal que contienen todos los mares del mundo no



baja de 20 millones de kilómetros cúbicos. Esta cantidad de sal podría cubrir a Europa con una capa de 2.570 metros de espesor, o formar sobre la Tierra una costra de 34 metros de espesor, que llegaría hasta la mitad de la columna del monumento a Colón en Barcelona, y hasta los tejados del palacio nacional de Madrid.



—Vamos a ver. ¿Qué es patrimonio?
—El caudal que se hereda de los padres.
—¿Y matrimonio?
—El que heredamos de las madres.

Dicen los sabios que el planeta que habitamos se irá enfriando poco a poco y como consecuencia contrayéndose su volumen. Entonces las tierras se



irán hundiendo, las aguas de los mares irán invadiendo las cuencas bajas, y el mapa del mundo se transformará por completo. He aquí cómo quedará Europa, según un sabio eminente. Para consuelo nuestro se puede observar que España y toda la Península Ibérica quedará intacta, aunque convertida en una gran isla.



—¿Cuál es el colmo de un detective madrileño?
—¿...?
—Siguiendo el "Rastro", llegar a las "Américas".

Cuando la isla de Malta estaba en poder de los caballeros de la Orden del mismo nombre, estos defendían sus fortificaciones con cañones perforados en la roca viva. Cada cañón podía

contener un barril de pólvora y despedía cerca de cinco mil kilogramos de proyectiles en cada disparo. Claro está que con estos cañones no se podía graduar ni variar la puntería, pero para suplir esta deficiencia se habían construido cincuenta cañones en los sitios convenientes y con la dirección necesaria para enfilar los diversos canales por donde podían acercarse los enemigos; y era imposible que los buques de entonces se pusiesen a tiro sin quedar aniquilados por semejantes descargas.



La fama de estas armas de guerra fué grandísima, pero en ninguna otra parte fueron imitadas; y son los únicos cañones de piedra de que se conserva memoria.

—¿Hay aquí muchos "alistas"?
—¡Ca! Casi todos son "atontaos".



—¿Hay aquí muchos "alistas"?
—¡Ca! Casi todos son "atontaos".



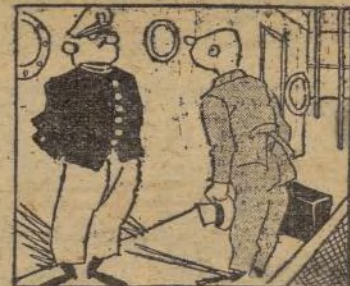
Esta que veis aquí es la estatua de bronce más grande de todo el mundo. Fué hecha por el escultor Falconet, que trabajó en ella 12 años, e inaugurada en 1782. Representa al emperador de Rusia Pedro I el grande, y está en San Petersburgo. Pesa mil toneladas.



—Que dice mi padre que me dé usted otra botella de las que tiene para que crezca el cabello.
—¿Pero, ¿que es lo que hace tu padre, que ya ha gastado seis botellas en tres días?
—Es que, sabe usted, se las bebe en seguida.

—¿Ha visto usted ese señor con el que nos hemos cruzado? Pues no puede imaginarse lo que le debo.
—¿Es su protector?
—No; es mi casero.

UN AGENTE DE SEGUROS



Peladilla era un agente de seguros que jamás había conseguido asegurarse en parte alguna. Bastaba asegurarse un automóvil para que éste se estrellara; al desdichado a quien hacía un seguro de vida moría irremisiblemente una semana después. En fin, que en vista de que como agente de seguros era una perfecta calamidad, decidió cambiarse de ramo y se hizo agente publicitario



el multimillonario fabricante de cerillas desconocidas, y recabó la autorización para hacer el reclamo de las cerillitas, asegurando que o las acreditaba o se dejaba cortar el cuello... del gabán. Y así que llegaron a la capital, Peladilla, ni corto ni perezoso, se coló en los formidables almacenes de sedas, que también eran propiedad del multimillonario, y roció todos los pisos con alquitrán



das las esquinas. "¿Sabéis por qué no se apagó el fuego de los almacenes de seda? Porque se incendiaron con cerillas de la fábrica de mister Centeno, y lo que prenden estas cerillas no se apaga ni con todo el agua del Océano." Mister Centeno estaba indignado. "Ha acreditado usted mis cerillas—rugía—. Pero a costa de incendiarme unos almacenes que valían seis millones. ¡Canalla!" Y el perincito Peladilla exclamaba al tiempo que

sacaba una póliza de seguros contra incendios: "¡Oh, mister Centeno! ¡Antes de incendiar los almacenes los había asegurado en ocho millones de pesetas...!" Naturalmente, que Peladilla fué a presidio; pero no hubo quien le quitase de la cabeza que en cuestión de seguros y de publicidad no había otro genio como él.

Modestia que tenía el gachó!



COPA Jeromin - CAMPEONATO INFANTIL DE FUTBOL



El domingo se jugaron los cuatro partidos correspondientes a los cuartos de final. Tres empates y una victoria, por la mínima diferencia, dan idea de lo enconado de la lucha y del interés que tuvieron los partidos, jugados sin el menor incidente y ante un público numerosísimo, cada vez más entusiasmado con este gran campeonato, organizado por JEROMIN.

Presentamos hoy al



"once" del Rosanda F. C., uno de los favoritos del Torneo, que va venciendo valientemente los difíciles escollos de este gran campeonato.

Empataron, como decíamos, el Alcántara y Estudiantil; Alcazaba-Carabanchel y Piscis-Peña Camoos.

Todos los partidos, como lo indican los resultados, tuvieron una gran emoción. ¿Quién será el vencedor?

LOS JUEVES INFANTILES DE "JEROMIN"



He aquí dos simpatísimas artistas, las hermanitas Millán, primerísimas actrices del "Cuadro infantil de JEROMIN", que ante el micrófono de Radio España, ha hecho una brillante campaña.

Nada os decimos de estas dos niñas, porque estamos seguros de que las habéis oído y admirado los jueves infantiles de JEROMIN.

La próxima temporada, JEROMIN reanudará sus emisiones infantiles, que tanto éxito alcanzaron en la actual.



LA PRINCESA DE LAS LENTEJAS

Allá por los años de Maricastaña, siglo más, siglo menos, reinaba pacíficamente en el país de Cunegundia el buen rey Sisebuto ochenta y cuatro de este nombre. El soberano era una bellísima persona, incapaz de matar una mosca que sin el correspondiente salvoconducto hubiese entrado en los reales palacios. Pero en el fondo de su corazón anidaba un odio feroz, impla-



cable, invencible. ¿A que no sabéis contra qué? ¡¡¡Contra las lentejas!!!

Y no sin razón. Porque habéis de saber que el gran monarca Sisebuto primero, cabeza y fundador de su dinastía, que se había cubierto de gloria en mil empresas bélicas y pacíficas, había venido a morir prosaicamente de una vulgar indigestión de lentejas. De aquí nació este odio feroz contra la sabrosa legumbre, odio que fué transmitiéndose, juntamente con el trono, a todos los Sisebutos, reyes de Cunegundia, y que llegó a tales extremos, que en aquel país estaba rigurosamente prohibido, bajo pena de muerte, el cultivo, importación, venta y consumo del fatal manjar que ya había sido la causa de la perdición de Esaú.

Hemos dicho que, por lo demás, el rey de los cunegundos, Sisebuto ochenta y cuatro, era persona excelente y muy apreciado de todos. Razón por la cual, una buena mañana, hacia las once menos cuarto, se presentó en palacio el embajador de Camelancia y solicitó una audiencia real. La conversación entre



rey y embajador se desenvolvió exactamente en estos términos diplomáticos:

—Buenos días.
—Muy buenos. ¿En qué puedo servir a usted?
—Vengo de parte de mi amo...
—Haga el favor de sentarse.
—...para decirle que tiene una hija casadera.
—Caramba. ¿Por muchos años?
—¿Quiere usted casarse con ella?
—¡Pero hombre! ¿Así, de sopetón?
Déjeme usted que le piense.
—Nada de pensarlo. ¡Es guapa, bue-

na, rica...; crea usted que es un partido!

—¡Bueno, bueno! ¿Y cuándo ha de ser la boda?

—Dentro de un mes.

—De acuerdo.

Un mes después de aquella entrevista, todos los naranjos de que estaban cubiertas aquellas fértiles tierras habían florecido antes de tiempo en señal de júbilo, y las golondrinas habían anticipado su regreso de los países tórridos para asistir a la boda entre Sisebuto ochenta y cuatro, rey de los cunegundos, y la Princesa Rayo de Sol, hija de Anacleto, emperador de los camelancios. Memorables habrían de ser en la historia las fiestas que se preparaban.

Sisebuto, con su corona, cetro y manto de armiño, perfumado con la esencia de la flor «nomeolvides», rodeado de sus ministros, funcionarios y nobles, esperaba en la escalinata del palacio real la llegada de la Princesa. La novia, vestida toda de blanco, envuelta en vaporosas gasas de tul, sentada en su carroza de oro y madreperlas, avanzaba rodeada de lacayos, guardias y palafreneros. Las músicas resonaban



alegres, las campanas volteaban clamorosas, la muchedumbre enronquecía delirante y los niños de las escuelas municipales entonaban himnos nupciales, agitando al aire preciosas banderitas.

El rey, al divisar la carroza, descendió de la escalinata y avanzó al encuentro de su prometida para ofrecerle su mano y ayudarla a apearse; pero de pronto se letó y quedó paralizado, como herido por un rayo, con el brazo en alto, la boca abierta y los ojos dilatados de espanto. Bajo los vaporosos pliegues del manto blanco, cuajado de lentejuelas de oro, que velaban el rostro de la Princesa, había contemplado Sisebuto la pálida belleza de su prometida, constelada de infinitas de pecas, grandes, redondas y rubias como lentejas. Fué un instante: un abrir y cerrar los ojos. El odio secular que inflamaba la sangre de todos los Sisebutos, reyes de Cunegundia, a través de ochenta y cuatro generaciones, estalló violento ante aquel cuadro; volvió airadamente las espaldas, huyó precipitadamente, y se encerró en las apartadas habitaciones de su palacio. Y a todos sus ministros, dignatarios y nobles, que alarmados le habían seguido, les gritó en el paroxismo de la ira: "Retiradla de mi vista; devolvédsela a su padre. ¡No quiero casarme con ella!"

(Continuará)

LOS TRES AVENTUREROS

CONTINUACIÓN



CAPITULO XV

Los Reyes de la tribu

Gracias al terror y al asombro producido en los salvajes por las detonaciones, los tres aventureros podían asegurar que se habían salvado. Pero lo que no imaginaban es que aquellas gentes iban a convertirlos en ídolos. Toda la tribu seguía arrodillada y con las frentes en el suelo, dando muestras de



gón, sino que abrazó durante largo rato al reyezuelo. Al ver aquello, de las filas de los salvajes se levantó un clamoreo estruendoso y nuestros amigos tuvieron que soportar el que todos los de la tribu restregaran sus narices contra las suyas. El procedimiento empleado por los negros con sus amigos, era un tanto doloroso, y las narices de los tres aventureros quedaron convertidas



bian conseguido impresionar a los salvajes por el pánico que les producían las detonaciones.

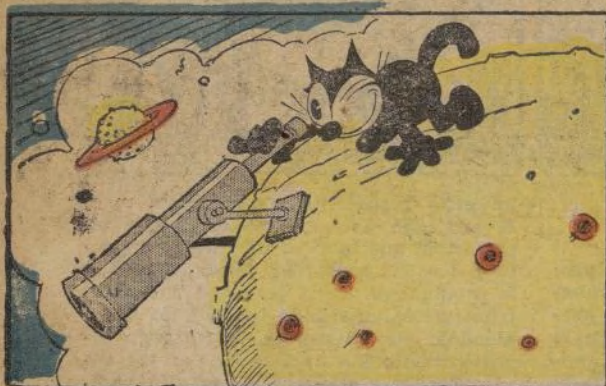
Rodeados por el gentío que les aclamaba incesantemente, fueron conducidos hasta la choza de mejor aspecto, y durante todo el día no cesaron de hacerles efusivas demostraciones de amistad. Al anochecer, los aventureros presenciaron un extraño espectáculo; los salvajes encendieron una gran hoguera

en la explanada y se entregaron a una danza espantosa, profiriendo guturales alaridos. Nuestros amigos, extrañados y no sin cierto recelo, no acertaban a explicarse aquellas belicosas y poco tranquilizadoras demostraciones.

Las danzas de los salvajes continuaron durante toda la noche, sucediéndose y alternándose incesantemente los danzarines. El resto de los guerreros afilaban las lanzas. ¿Qué pasaría?



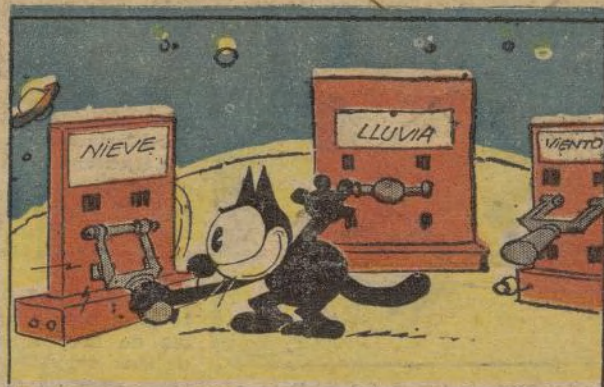
ANDANZAS DEL GATO FELIX



Tanto subieron los globitos dichosos, que un día después Félix tomaba tierra en el planeta Júpiter, donde le extrañó muchísimo no ver carnicerías ni guardias de la porra. Pronto encontró un telescopio que usaban en Júpiter para observar la tierra.



Gracias al telescopio, que tenía más alcance que los buzones de Correos, Félix vislumbró a sus queridos amigos Bimbete y Pirulo, que lloraban con lágrimas amargas como la carabaña la desaparición de su querido gato Félix.



Nuestro gato, curiosón como siempre, se coló en la sala de aparatos del padre Tiempo, que había salido a curarse el reuma, y aprovechando la ausencia del Tiempo, le metió mano a los aparatitos, lanzando una gran nevada sobre la tierra.



Pirulo el cabezota y Bimbete el cabezón se pusieron muy alegres cuando vieron aquella gran nevada, que les permitía emplearse en uno de sus deportes favoritos, el de patinar con trineo y el de pescar ranas con bocina.



Raudos como el viento, veloces como una tortuga, los dos hermanitos se deslizaban sobre las cumbres heladas, satisfechos con el tiempesito y satisfechos de haberme proporcionado a mí la ocasión de meter la palabra raudos, que es una de mis debilidades.



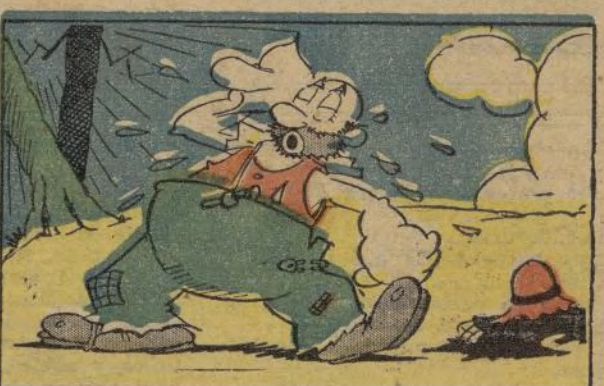
Y tan raudos y veloces iban, que atropellaron al contumaz vagabundo Filomeno, terror de los vagabundos y terror de las salchicheras. El porrazo le sentó a Filomeno igual que si le hubiesen rascado una paletilla con un serrucho.



Y dispuesto a patearles el cráneo, Filomeno echó tras de los hermanitos cabezones, que movían los remos a noventa por hora. —¡Para! ¡Para!— gritaba Filomeno—, que me voy a fabricar unos guantes con vuestra piel, so cabezotas.



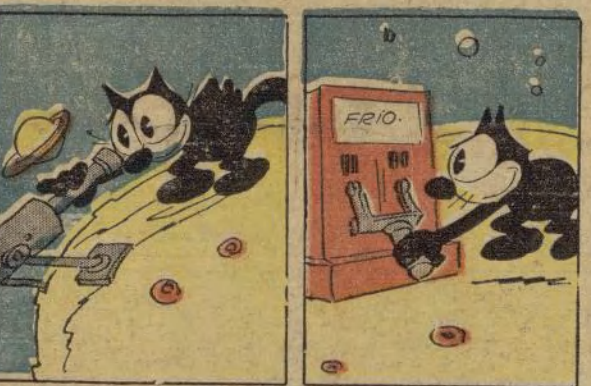
Félix echó una miradita para ver qué tal les había sentado la nevada a Bimbete y compañía, y vió, aterrado, cómo les iba a los alcances el feroz vagabundo. Entonces corrió él hasta la sala de aparatos y mandó un sol de sesenta grados.



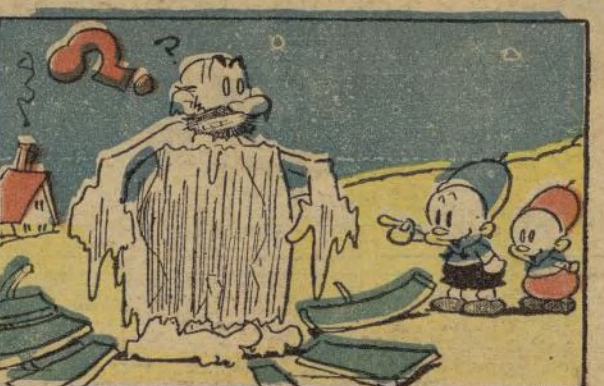
El resultado fué inmediato. Filomeno comenzó a sudar la gota gorda, y como gracias a las salchichas estaba gordo y rollizo, sintió que aquel calor extraordinario le derretía las mantecas, no teniendo más remedio que abandonar la persecución.



Y sudando a chorros se tiró dentro de una cuba de agua fresca de la fuente del Berro, esperando calmar aquel fuego interno que le hacía pasar sudores de muerte, y era para el acalorado como un anticipo de las calderas de Satanás.



Félix volvió a echar el ojo por el telescopio, y contempló a Filomeno dentro de la cuba; entonces el gato, deseando salvar y vengar a sus amigos, regresó a la sala de aparatos y mandó a la tierra una helada de treinta grados bajo cero.



Y cinco segundos después el feroz maleante Filomeno estaba convertido en una ramita de esas que meten dentro de las botellas de anís escarchado, dando diente con diente y suplicando a los nenes que le sacasen de aquel estado tan frío.

(Continuará)